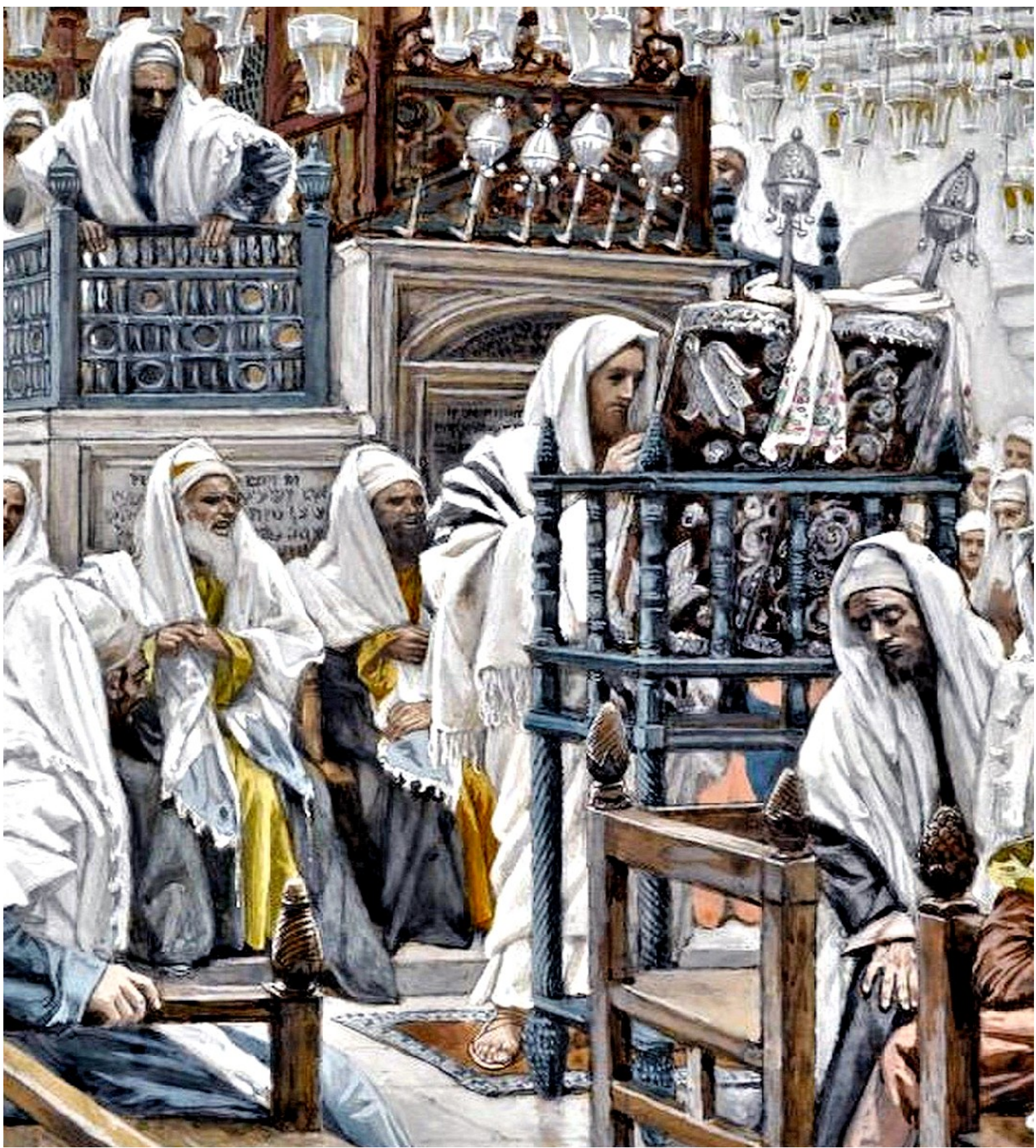




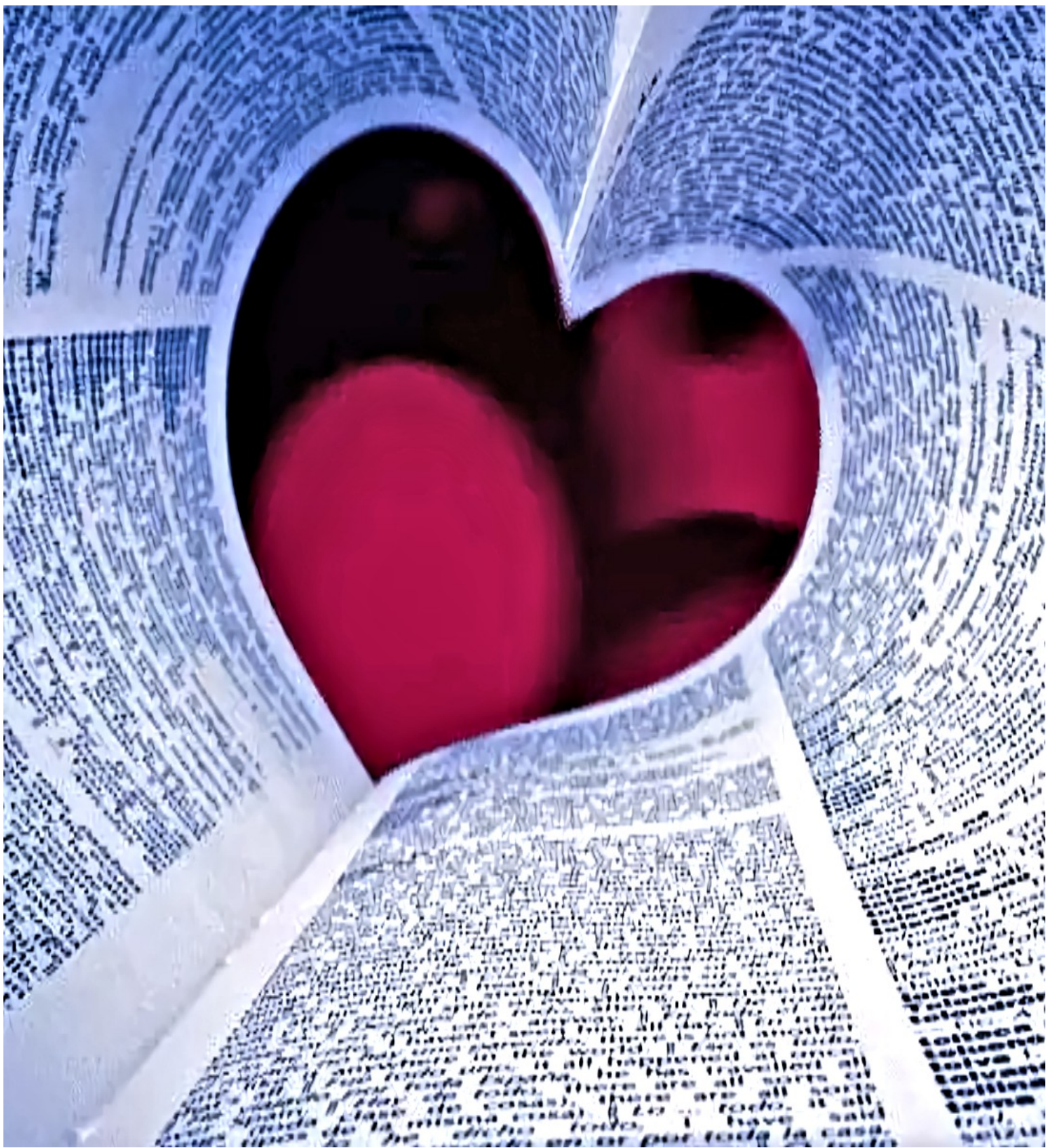


Marcos 1,21-28

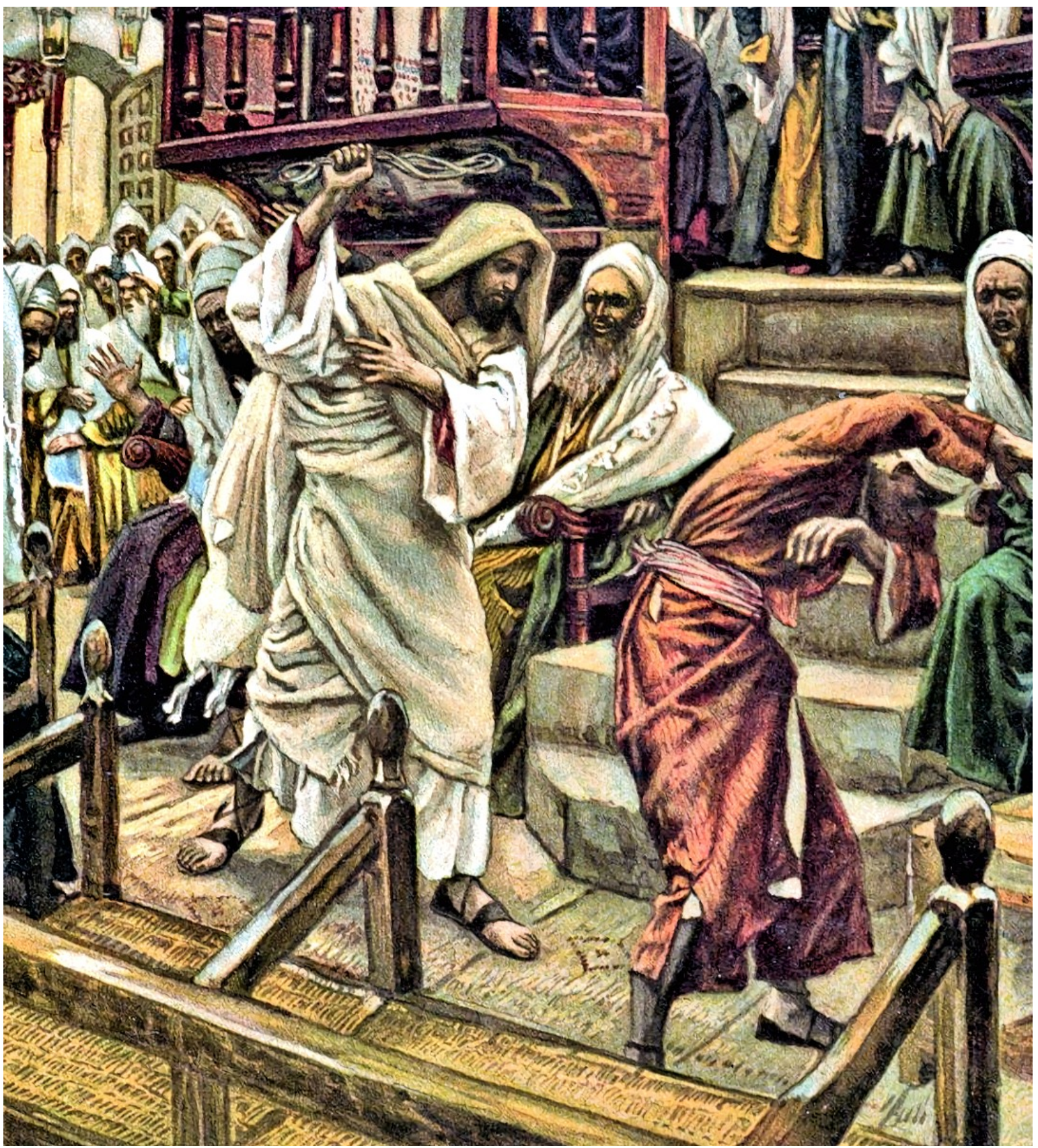
**Estaban
asombrados
de su enseñanza,
porque les enseñaba
con autoridad.**



En la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús muestra sus credenciales: él es el Mesías que enseña y cura, trae una nueva doctrina que presenta con autoridad, y expulsa demonios. Su enseñanza provoca asombro, porque enseña con autoridad, no como los maestros de la Ley que tal vez, de manera incoherente y falta de autenticidad, solo repiten palabras que han leído.



Al contrario que los "letrados", que andan siempre tan desorientados como el resto de los ciudadanos y presumen de que saben lo que pasa, pero que ni saben, ni resuelven nada, las palabras en Jesús nacen de su experiencia profunda de Dios, de su testimonio de vida. Jesús vive lo que dice y respalda sus palabras con los hechos. La autoridad la da vivir lo que se dice.



La expulsión del demonio es un gran milagro que pone de manifiesto esa «autoridad» de Jesús y la presencia del Reino de Dios entre los hombres. Ante Jesús, se acaba el dominio de Satanás. Jesús enseña con autoridad. No habla de oídas. Tampoco expone un discurso que sólo es hermoso o sólo verdadero. Dice cosas que tocan lo más profundo de nuestro ser.



Lo que Jesús dice tiene autoridad sobre el corazón del hombre. Cuando Jesús habla se impone la verdad en nuestro interior y sentimos la llamada a responder. Esa es su autoridad. Jesús enseña y libera. Jesús ha venido a desatar el corazón del hombre de la esclavitud del pecado que le impide amar conforme a la voluntad de Dios. Y ahí se realiza la salvación: en que quedamos libres para amar.

**No hables de Cristo
como "entendido":
con fórmulas
aprendidas;**



**habla de Cristo
como testigo:
comprometido
con lo que dices.**